

MANTENER FIRMES LOS IDEALES DE LA CRUZADA

- Para no tener que ver caer ensangrentadas las hojas de la Historia de España
- Los combatientes amamos la paz porque conocimos la guerra
- El pueblo busca jefes para echarse a andar tras ellos

Como informamos ampliamente, el pasado sábado, organizado por la Confederación Nacional de Combatientes dentro del programa de actos de la III Asamblea Nacional, tuvo lugar en la Basílica del Valle de los Caídos una misa en sufragio de las almas del Generalísimo Franco, de José Antonio y de los Caídos por la Patria, en el transcurso de la cual pronunció la homilía monseñor Amadeo González, Obispo de Metre, consiliario de la Confederación. Dado su interés les ofrecemos a continuación, su texto íntegro.

EXCELENTÍSIMA SEÑORA DE MEIRAS, Excmos. Señoras y Señores, Hermanos todos en el Señor!

Con visión profética del inmediato futuro de España, nuestro Caudillo levantó este templo al Señor, para que sirviera de lugar de meditación serena ante Dios, que da luz a los hombres de buena voluntad, para solucionar los grandes problemas de los pueblos. Todo lo grande pasa lejos de la plaza pública y de la gloria. Nos reunimos en la soledad de este "Valle de la Reconciliación" de los españoles, silenciosos, como los bosques y las peñas que nos rodean. Semejamos al árbol de ancho ramaje que, suspendido sobre el mar, escucha silencioso. Venimos a escuchar la voz de nuestros Caídos, a fortalecer nuestro espíritu y responder, con un Sí generoso, al ideal de Religión y de Patria, por el que ellos todo lo entregaron.

I. SITUACION ACTUAL. La situación porque atravesamos, la conocemos y nos duele, y, deseosos de poner remedio a tanta calamidad, nos arrodillamos ante el Señor en la Santa Misa y, cargados de sentido de responsabilidad, vemos como se cubren los huesos de carne viva, los huesos de tanto guerrero, de tanto mártir de nuestra Cruzada; como llegan a nosotros, en recogimiento y meditación, las lágrimas de tantas madres españolas, derramadas por la salvación de la Patria y la Gloria de Dios.

Hemos venido a recobrar el optimismo que nos dan los muertos, pues contamos con ellos siempre y, sobre todo, en los momentos difíciles que atravesamos.

Toda Nación tiene mucho de parecido con el mar. Ambos poseen una capa superficial bullanguera y otra profunda, silenciosa y tranquila, sobre que se sienta la primera. Cualquier viento de novedad agita la superficie.

Pronto se pica el mar, cabrillea el sol y da respingos, agitando las pequeñas embarcaciones. El viejo marino no teme semejantes caracoleos y se arriesga, sin miedo, mar adentro.

Pero la cosa cambia cuando bajo una aparente paz, comienzan a agitarse las profundidades y en removerse los abismos. El mar revienta.

¿Estamos en la capa bullanguera de la novedad o el mal cala más hondo? Me inclino a pensar que estamos en el estado de la novedad y de la inconsciencia, en el que suceden cosas muy raras, para los que experimentamos en nuestra propia carne y siendo unos muchachos, la tragedia de una lucha fraticida.

En algunos medios políticos sociales "el universo de valores morales y éticos, ha experimentado un vuelco, pasando lo bueno al lugar de lo malo, lo injusto al sitio de lo justo, el caos a la primacía del orden, el delito a rango de ley".

Pero, hermanos, la capa profunda de nuestra sociedad española permanece tranquila, o mejor, incontaminada, no sin sobresalto, ante esa verbena parlara que nos envuelve.

"El Valle de los Caídos" es el lugar de nuestras intimidaciones, de nuestras cuitas. Y aquí, en secreto, en la intimidad, pero, de todo corazón, pedimos al Dios de las Misericordias, por intercesión de la Sma. Virgen del Pilar, de Santiago y, de nuestros muertos, que viven eternamente, nos envíen jefes enamorados de las esencias y tradiciones de nuestra España, para que la gobiernen en nombre de Dios y para Dios y para los Españoles.

El pueblo busca jefes para echarse a andar tras ellos. El pueblo, al fin y al cabo, sólo escucha a los héroes, esto es, a quienes llegan a él precedidos de renunciamientos, a quienes, más que con las palabras, le vienen con ejemplos; porque hay que echar hechos por delante para que las razones prueben.

En medio de este inmenso relicario de héroes y mártires nos sentimos fuertes y nos avergonzamos, al mismo tiempo, de los innumerables "enanos" que han aparecido en los últimos tiempos en nuestro suelo hispano, haciendo un deshonor a aquellos que entregaron su vida en holocausto. Y, ofender a los muertos, es siempre una felonía ciertamente; pero ofender la memoria de nuestros mejores y, sobre todo, de los dos hombres que han protagonizado casi medio siglo de grandeza y prosperidad material y espiritual, el Generalísimo Franco y José Antonio, es, además de una felonía, un atentado al honor de España y de los Españoles.

II ACTITUD DE LOS COMBATIENTES. Los Combatientes tenemos actualmente mala literatura, nos quieren envolver en el cerco dialéctico de la difamación y han creado el gran truco, sin discriminación alguna, de la "no violencia".

Los excombatientes de ahora y combatientes de antaño amamos la paz, precisamente porque conocemos la guerra que nuestras generaciones anteriores nos sirvieron, como la única salida para salvar a España.

"La guerra por la guerra" es frase anticristiana y anti-humana. El mejor poema que se puede cantar a la paz lo pronuncia el cristianismo con el nacimiento de Cristo: Y "en la tierra paz". "Buscad la paz de la ciudad" decía Jer. (29,7) "bienaventurados los pacíficos", predicaba Jesús en el Sermón de la Montaña (Mt. 5,9); "Vivid en paz", dice el Apóstol.

La paz debe ser la suprema aspiración en la tierra y en Cielo. Para una paz perpetua creó Dios al hombre, que la perdió al ponerse en guerra con Dios por el pecado.

¡Pero ay!, cuando las pasiones humanas se descentran, cuando el espíritu del mal toma posesión de las lamas humanas para sus fines demolidores, la reacción será la guerra y ésta se convertirá en Cruzada cuando sus combatientes luchan como protesta contra la hora de la destrucción del espíritu del mal.

Lo que no se puede permitir que, en nombre de la "paz", se huya de todo riesgo, de

todo peligro, que no se quiera pasar molestia alguna. ¿Que podemos prometernos, hermanos queridos, sin milicia, frente a un mundo de aventureros y audaces, arrojados con recursos poderosos, por "Poderes Ocultos", para derramar inmundicias y ateísmo?

Es intolerable que en nombre de la paz se quiera justificar la inercia; ¡Pobre paz! ¡Y cuántos profanan tu nombre...! los cobardes, los incapaces, los cómodos, los egoístas...

Queremos una paz que nazca de una fe viva, cuando se vive, no en calma sino, antes bien, cuando agita las entrañas.

Queremos la paz de Cristo que es tensión constante, que es lucha y aspiración al bien supremo.

Nuestra paz es flecha que apunta hacia arriba, hacer sobrenatural y este hacer sobrenatural es el verbo a cuyos lomos cabalga el mundo, la vida y la historia que no tiene razón de ser, si no es historia sagrada.

Busquemos primero el Reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se darán por añadidura.

Para que nuestra paz sea fuerte y para siempre, debiéramos pedirle al Señor una cosa, a los ojos humanos algo raro: ¡Señor, que en nuestra paz no nos concedas demasiados éxitos en el "Más acá"; porque hay una "serenidad humana que, a los ojos de Dios, está muy próxima a la muerte del espíritu".

III. MILICIA LA VIDA DEL HOMBRE... Mis queridos combatientes y Hnos. en Cristo: Para calmar los nervios de nuestros enemigos, que los pierden cuando nos ven reunidos, aunque sea, como ahora, para hacer oración, citaremos unas palabras de nuestro Santo Padre sobre el concepto militante de la vida cristiana (6-IV-1967)... "cada cristiano es un soldado de Cristo... Nuestra fe es la victoria que vence al mundo. La idea de victoria se relaciona con la vida de combate, que parece vestir la condición de nuestra presente existencia. Una idea nada agradable al hombre moderno, que dirige sus ideales, sus deseos y actividades a quitar de la concepción de la vida y de su desarrollo práctico cualquier molestia, cualquier contraste, cualquier toma de posesión fuerte y militante..."

El señor tocó nuestros corazones, en los años de la generosidad juvenil, para que fuéramos soldados ejemplares y nunca delincuentes contra los delincuentes. Para que fuéramos custodios de valores auténticos, números ordenados de una guardia puesta a servir con amor y con valentía la suprema defensa de la Religión y de la Patria, sin rencores ni odios de ningún género.

El Generalísimo Franco decía, lo recordaría, en su testamento: "Quisiera en mi último momento unir los nombres de Dios y de España y abrazar a todos para gritar juntos: ¡Arriba España!, ¡Viva España!. José Antonio pedía al Señor, en su última hora, que fuera su sangre la última que se derramase en contien-Altar Eucarístico, pediremos a Dios mantenga firme los ideales de nuestra Cruzada y no permita que volvamos a contemplar como caen ¡otra vez! ensangrentadas las hojas de la historia de España. Así sea.